

Prólogo

Los niños de la costa sur de la Tierra Conocida siempre han oído historias sobre el gran mar Siral. «Allá donde se acaba todo», suelen decir.

Y en parte tienen razón, puesto que nadie que conozcan ha encontrado en tan vasto lugar ningún signo de vida humana. Tan solo peces, ballenas, tiburones y toda clase de animales marinos. Incluso, de vez en cuando, alguien asegura haber visto un ser que, bien sea por su apariencia, bien por su maldad, o bien por su relación con alguna leyenda, no es catalogado como animal, sino como criatura.

Pero, por muy lejos que ningún barco haya surcado esas agitadas y peligrosas aguas, nunca ha avistado ni tierra ni humanos.

La inmensa mayoría de los navíos no se aleja demasiado, dado que les basta con navegar a pocos kilómetros de la costa para hacer sus negocios, y, de todas formas, ¿por qué iba a querer nadie adentrarse en el mar?

Pues bien, hay dos países que sí han tenido tal interés: Boermath y Gindon.

Simple espíritu de exploración, esperanza de encontrar riquezas, ansia de fama... han podido ser algunas de las razones por las que ciertos marineros, respaldados por sus Gobiernos, se han propuesto encontrar algo más allá del Siral en los últimos cinco siglos.

Pero nada.

Las profundas y turbulentas aguas se han cobrado la vida de numerosos hombres sin que nadie haya llegado a encontrar lo

que buscaba. Y lo único que han conseguido es establecer cierta competitividad entre esas dos naciones.

Gindon ha logrado desarrollar barcos más resistentes y rápidos y mayor habilidad en la lucha naval. Boermath, por su parte, inventó el navegaltio en el año 812 d. G. —instrumento muy preciso para la orientación en el mar—, aunque los gindoneses pronto consiguieron imitarlo. Y, a pesar de toda esa tecnología, no han encontrado más que agua en el mar Siral.

Algunos dicen que hay capitanes que han navegado a más de tres mil kilómetros de Mirthad.

Y nada.



El Surcador se alejaba de Waran con las velas hinchadas por el viento del suroeste una mañana del año 995 d. G., atravesando las tranquilas aguas de aquella zona del mar Siral, rumbo sur. La luz del amanecer en las regiones más meridionales de la Tierra Conocida se apoderaba del paisaje marino, y los rayos del sol brillaban con un destello cegador sobre el suave oleaje espumoso.

A su derecha, se hallaban las tierras más occidentales de Brarbandir; a su izquierda, la península de Stolent, reino de expertos marinos. Sin embargo, esto quedaba lejos, pues se encontraban a muchos kilómetros de la costa. El primer oficial guiaba el buque zigzagueando por las aguas para avanzar, ya que el viento soplaba justo desde el punto al que se dirigían y, siendo imposible navegar en contra del viento, se veían obligados a recorrer mucha más distancia de la que había en línea recta hasta su destino.

Con todo, Stolent estaba a la vuelta de la esquina y no tardarían en llegar. Pero ¿a qué región de Stolent iban a ir?

Kharia no había podido dormir y se encontraba en la proa meditando sobre los sueños que la habían atenazado durante las escasas dos horas que había conseguido relajarse. Los demás aún no se habían levantado. Tras varios días cabalgando por la noche, era normal que todos necesitasen unas cuantas horas de descan-

so, pero la joven boermesa se había acostado nerviosa, rumiando la conversación mantenida con Belthrank.

Recordaba un sueño. En él veía a sus padres diciéndole: «Kharia, hija mía, eres un monstruo, ¿no lo sabías? Ni siquiera eres humana». Pese a que ella sabía que no era cierto, no podía controlar esa escena y se había despertado sudando.

Belthrank había dicho que su parte elfa se encontraba muy escondida y lejana y ella no dudaba de que sus padres fueran en verdad sus padres genéticos.

Un sonido la distrajo; un marinero había gritado algo que no había comprendido. Puso su atención en cómo el timonel conducía la nave. A su lado, el primer oficial era quien estaba al mando, puesto que Grandolk aún dormía. Los marineros se empeñaban en diferentes tareas que Kharia no comprendía del todo. Si bien había pasado unos días en otro barco en el viaje desde Boermath, aquella había sido su primera experiencia naval y no se había fijado demasiado en el modo en el que, entre el capitán y los marineros, hacían que el navío avanzase.

«Surcador». Así se llamaba el barco. Era notablemente más grande que el que la había traído desde Sanown un año atrás. Y, desde luego, estaba más preparado para la guerra. No solo debido a las numerosas armas pesadas distribuidas por la cubierta, sino también a los parapetos, escudos para arqueros y demás objetos que jalonaban el buque gindonés. «Parece una fortaleza navegante», pensó.

«La otra parte es elfa», recordó las palabras de Belthrank. Tras recibir aquella noticia, la boermesa había intentado saber más, pero el elfo había sugerido descansar antes.

Y allí se encontraba, junto a una catapulta, en la proa de un barco de guerra, sin duda uno de los más rápidos y resistentes de toda Mirthad, acompañada de un grupo de occidentales sin saber muy bien qué hacía allí.

—Buenos días, señorita —la saludó un marinero. Al fijarse mejor, se percató de que era el primer oficial—. ¿Ha navegado usted antes?

—¿Qué? —Estaba inmersa en sus cavilaciones y no había escuchado bien.

El hombre repitió la pregunta.

—¡Ah, sí!, una vez —respondió—. Hace tiempo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se la ve a usted algo mareada.

—No es nada, no me mareo con facilidad. Tan solo me siento algo extraña. —Obviamente no mencionó que en realidad lo que le ocurría era que estaba aturdida por su conversación con un elfo.

—Pues no se preocupe. Cualquiera cosa que quiera saber, no dude en preguntarme; al fin y al cabo, es usted una invitada del capitán.

Kharia se fijó mejor en el hombre que le hablaba. Parecía tener unos cuarenta años y su chaqueta era de color azul oscuro, con un intrincado dibujo amarillo bordado sobre los hombros. Había visto dos tipos de azul en las chaquetas de los marineros del Surcador, unas como las del gindonés que tenía enfrente y las otras de azul claro, casi desteñido. Los que vestían estas últimas eran muchos más.

—¿Qué significan los dos azules diferentes de vuestras chaquetas? —preguntó.

—Las de color azul nublado las llevan los marineros mayores y las azul marino los marineros de buque.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Marineros mayores son todos los tripulantes del barco. Marineros de buque son el capitán, el primer, segundo y tercer oficial y los sargentos de navegación, batalla y arma pesada. A diferencia de los marineros mayores, los marineros de buque somos gente que hemos estudiado para nuestro puesto.

—Entiendo. —La joven se percató de que la conversación se estaba alargando y de que ella pretendía estar sola para meditar sobre sí misma, así que miró hacia el mar.

—Pregúnteme cuando quiera —ofreció el hombre, captando la señal, y se fue de allí.

La joven oteó el horizonte, pero, con la ligera bruma que flotaba en la lejanía, no pudo distinguir tierra firme. La verdad era que tampoco sabía a qué distancia se encontraban de la costa más cercana. Pese a que podía preguntárselo al primer oficial, no deseaba dar pie a que este se extendiera en explicaciones que no quería oír en ese momento, así que continuó apoyada en la baranda de cubierta, escuchando los gritos que de vez en cuando acompañaban al sonido del oleaje chocando contra el casco del navío.

Ciertamente, el mar se le antojaba inmenso. No solo por su tamaño, sino, sobre todo, por la sensación de profundidad y paz que se apoderaba de su corazón.

Sus cuatro compañeros no se levantaron hasta pasado el mediodía. Primero Belthrank y luego los demás. Grandolk les dijo que comieran con él en su camarote. Ese lugar, destinado al capitán, era el más privilegiado de toda la embarcación. Tenía espacio para su dormitorio, comedor y despacho y era muy luminoso gracias a las ventanas de popa. Normalmente solía comer con los demás oficiales que, por lo que les contó, eran todos los marineros de buque. No obstante, si llevaba invitados a bordo, hacía una excepción.

—Bien, Belthrank —comenzó el capitán—, tengo que saber a qué parte de Stolent dirijo el barco.

—Tú conoces Stolent, no yo. Lo único que sé es que los mercaderes tienen allí una de sus bases de operaciones. Eso es lo que vi en la mente de Maron.

—Tiene que ser obligatoriamente en una de las grandes ciudades —observó Grandolk.

—No tiene por qué —lo contradujo Berkal—. En una casa de campo, apartada de la civilización, tendrían más intimidad.

—Es una posibilidad —admitió Zira—, pero no podemos registrar todo Stolent en busca de casas de campo; nos costaría toda una estación. Lo mejor es dirigirnos a una ciudad. Seguro que allí encontramos negocios suyos y, a raíz de ellos, podemos seguirles la pista.

Dos ayudantes del cocinero entraron y depositaron en la mesa varias fuentes, pan, vino y cerveza. Un delicioso aroma surgía del potaje de garbanzos con carne de cordero que llenaba una gran escudilla.

—Entonces, propongo acudir a Minwin —expuso Grandolk cuando los dejaron solos—. Si el viento continúa así, podríamos llegar mañana por la tarde. Es la ciudad stolentesa más cercana.

—A mí me parece bien —aceptó el elfo.

—Habrá que aprender a desenvolverse en Stolent —apuntó Berkal, sirviéndose una sopa en la que flotaban algunas verduras—. Es diferente a Brarbandir. Allí no solo seremos considerados extranjeros; seremos de un país que es hostil a Stolent, pues tanto Fingorn como Gindon tienen malas relaciones con los stolenteses. Nuestros Gobiernos no están en guerra, pero casi. Hay mucha tensión. Incluso la gente corriente nos mirará mal.

—Podríamos intentar disfrazarnos —sugirió Zira.

—¿Disfrazarnos? —inquirió el príncipe.

—Sí, vestirnos como los brarbandinos e intentar hacernos pasar por ellos.

—Es cierto que ni los fingorneses ni los gindoneses somos muy diferentes a los brarbandinos —admitió Berkal—, pero Kharia no podrá pasar por brarbandina ni en sueños.

—Boermath es amiga de Stolent, así que no necesitará fingir en absoluto. De hecho, será la de posición más privilegiada; una noble en un grupo de maleantes —bromeó.

—Es cierto que tenemos buenas relaciones con los stolenteses. Y, ahora que lo dices, tengo una posición más privilegiada aún de lo que os podáis imaginar. Creo que nos será fácil dar con los negocios y con el rastro de los que llamáis «mercaderes».

—¿Qué más secretos escondes bajo esa fachada inocente? —quiso saber la espía.

Kharia tomó aire y se dispuso a contar a todos cómo había llegado a Brarbandir. Mientras comían, les narró la misma historia que le había relatado a Belthrank antes de llegar a Waran, aunque algo menos detallada. Después, continuó con los hechos

que la habían llevado a casa de Kurwis y cómo la había ayudado aquel hombre. Cuando terminó, todos se hallaban más que sorprendidos.

—Entonces, ¿tienes acceso a todos los agentes de Kurwis? — preguntó Grandolk, asombrado.

—¿Conoces a Kurwis? —se sorprendió Kharia.

—¡Claro! Es decir, personalmente no, pero es uno de los hombres que más mercancía mueve por el mar Siral.

—No sabía que fuese tan importante.

—Lo es. Hay unos diez comerciantes que mueven prácticamente la totalidad de las mercancías que se transportan por el mar Siral. Dos fingorneses, un kosbornés, dos gindoneses, un stolentés y cuatro boermeses. Uno de ellos es Kurwis. Y otro es Sertre, por supuesto, que ahora sabemos que está asociado con los mercaderes. Pero estos parece que se han decantado más por otros negocios: prefieren ser los propietarios de la mercancía y dejar que sean otros quienes la muevan. Si tenemos acceso a los agentes de Kurwis, disponemos de una gran ventaja; una ventaja enorme.

La mesa estaba situada junto a las ventanas de popa. Por ellas se colaba la luz diurna, aumentada por el reflejo del mar, que brillaba en los recipientes metálicos que habían traído los ayudantes del cocinero.

—Pues sí que es una buena sorpresa —comentó Belthrank—. El tiempo es un factor clave y con ayuda de Kharia tardaremos menos en encontrar a los mercaderes.

—¿Cuál es el problema con el tiempo? —quiso saber Grandolk.

—El problema es que el gronzsor con el que me enfrenté en la batalla aparecerá tarde o temprano en algún lugar y, cuando lo haga, descubrirá que Maron ha muerto. Sospechará que he sido yo y deducirá que habré indagado en su mente. No sé cuánto tiempo tardará en atar todos los cabos, pero, cuando lo haga, vendrá a Stolent para avisar a los mercaderes.

—¿Ni siquiera puedes hacer una aproximación? —pidió el gindonés.

—Estará perdido en su transportación por lo menos dos semanas. Luego le costará casi otra semana descubrir lo sucedido y venir a Stolent. Teniendo en cuenta que ya hace cinco días que luché con él, tenemos algo más de dos semanas. Es posible que sean más, pero debemos hacernos a la idea de que a partir de ese tiempo es probable que los mercaderes desaparezcan de Stolent.

—Entonces, a toda vela hacia Minwin. Avisaré al primer oficial para que exprima la velocidad de este barco. Y os aseguro que es el barco más rápido de la Tierra Conocida.

—Claro, tu barco es el más rápido y el más resistente —comentó Zira con un evidente tono irónico.

Grandolk se la quedó mirando fijamente. Luego sonrió. Partió un gran pedazo de pan y rebañó su plato. Cuando terminó de masticar, bebió un trago de vino y tomó aire.

—Está bien, puede que haya exagerado ligeramente. Como podréis imaginar, en Gindon hay mucha competitividad al respecto y es difícil saber cuál es el barco más rápido y resistente. Lo que ocurre es que la técnica de construcción de barcos se va mejorando constantemente en función de los defectos que se ven en los buques viejos, y el Surcador tiene tan solo cuatro años. La mayoría de navíos que surcan las aguas son bastante viejos, pues construir constantemente nuevos barcos requiere demasiada madera, por lo que generalmente se les hacen mejoras en lugar de construirlos desde cero.

»Desde que llegué a Miyon tuve muy buena relación con mi tío, el rey de Gindon, y, tras unos años de estudios y entrenamiento viendo mis habilidades y de dos años sirviendo como oficial en uno de sus barcos, decretó que me nombraría capitán de un buque. Pero no de un buque cualquiera. Me dijo: «Grandolk, voy a hacer que te construyan el mejor barco que ha surcado nunca los mares». Y lo hizo.

»Ordenó a los mejores ingenieros que diseñaran un casco más resistente pero más ligero y aerodinámico, unos mástiles más flexibles y fuertes y un sistema de velas mejorado para aprovechar al máximo los vientos. Instalaron en cubierta nuevas armas

pesadas y me consiguió marineros de buque muy hábiles. En definitiva, preparó un barco de guerra de élite.

»Yo le estoy muy agradecido, ya que no hay ninguna guerra y me dedico mayoritariamente a llevar mercancías de vez en cuando. Al menos hasta que mi tío me mandó a prestar mis servicios a Fingorn. Cuando Kronal le pidió ayuda, no tuvo ninguna duda en que yo tenía que ser uno de los capitanes que acudiera. Al no haber ninguna guerra, no hay casi oportunidades para formarse en una batalla real y mi tío no iba a dejar pasar esa ocasión. Además, este barco tiene también uno de los mejores sistemas de remos en la tercera cubierta, así que es ideal para poder adentrarse en las rías y los ríos navegables.

—No te preocupes, Grandolk, te creo —sonrió la espía—. No tengo ni idea de barcos, así que más detalles me saturarían.

—A mí me intriga que un barco de guerra del Ejército se dedique a transportar mercancía —se extrañó Kharia.

—Es una manera de tener un numeroso ejército de mar y que no tengamos que invertir prácticamente todo el presupuesto del país en eso. La otra opción sería subir los impuestos, pues en Gindon son notablemente más bajos que en Boermath, por ejemplo. El mantenimiento del ejército naval es muy costoso, así que los comerciantes gindoneses pagan una pequeña cantidad de dinero para poder usar los barcos del Gobierno.

—Curioso..., muy curioso.

—En Fingorn también ocurre algo parecido —señaló Berkal—. Es una manera de que el Estado se autofinancie, pues de lo contrario depende únicamente de los impuestos. Además, en Fingorn el Gobierno no paga a comerciantes para que desarrollen algunas tareas, sino que se encarga de llevarlas a cabo por cuenta propia. Por eso los impuestos son mucho más bajos que en el resto de los países. El Gobierno tiene negocios variados, mucho más aún que en Gindon. En Boermath todos los negocios son privados, incluso los hospitales, escuelas, limpieza de las ciudades y otros parecidos.

—Tienes razón: en mi país los negocios son privados —señaló Kharia. No parecía muy cómoda con la conversación, aunque

tal vez se debiera a que todavía no se sentía en total confianza con los demás—. El Gobierno gana dinero con los impuestos y contrata los servicios de los grandes comerciantes si lo necesita.

—Y seguramente elija a los comerciantes que sean amigos del Gobierno —adivinó el príncipe.

—Claro, aunque eso no lo hace público. Mi... mi padre es uno de esos... comerciantes amigos del Gobierno —reconoció al fin. Le había costado hacerlo.

—¿¡También!? ¡Vienes de una familia de clase muy alta! —se asombró Grandolk—. Hija de un importante comerciante y enviada por otro como representante en el extranjero.

—¿Y cómo ha acabado una chica como tú rebelándose contra su familia y su Gobierno? —quiso saber Belthrank.

—Siempre he creído que nuestro Gobierno no actuaba con justicia. Poco a poco fui descubriendo su manera de funcionar y no me gustó; otorga muchos privilegios a las clases altas y no tantos a las bajas. Pero no es solo eso; en otros países explota literalmente a la población para su propio beneficio.

—Todo eso ya lo sabemos o, al menos, lo imaginamos. Lo que preguntaba era qué te movió a rebelarte.

La joven se quedó pensativa. Por unos instantes volvió la vista al exterior, donde la estela que dejaba el Surcador permanecía varios cientos de metros hasta que el mar la hacía desaparecer.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo al fin—. No lo sé, supongo que quería justicia.

Nadie le preguntó nada más y siguieron disfrutando de la comida, que era bastante abundante comparándola con los alimentos que habían consumido en las últimas semanas.

—Belthrank, tienes que contarme algo más sobre lo que me has dicho esta mañana —pidió la boermesa.

—Supongo que te referes al descubrimiento de que tienes una parte elfa.

—¡Claro!, ¿a qué si no?

—He estado pensando. Podría consultarlo con mi padre, aunque estoy convencido de que, si sabe algo y me lo ha oculta-

do, habrá sido por una buena razón. Lo que sí puedo contarte es qué creo que es el zumbido y mareo que sientes algunas veces.

—¿En serio?

—Sí. Creo que tu cuerpo mantiene alguna característica propia de mi raza. No tienes la capacidad que tenemos los elfos de manipular la Energía, pero tienes una especie de detector de peligros.

—¿Insinúas que me mareo cuando estoy en peligro?

—Por lo que me has contado, no solo cuando estás en peligro, ya que cuando te atenazó ese mareo en la Universidad no estabas en peligro. Creo que ese detector se amplía aún más y te avisa cuando alguien planea algo contra ti. Supongo que el mareo es más fuerte cuanto más cerca esté quien te acecha y cuanto peor sea lo que quiera hacerte. Deduzco que, en ese momento, los que planeaban atacaros rondaban por la Universidad.

—Es lo más raro que he oído nunca.

—Yo no —aseguró el gindonés—. Eso lo dices porque no has visto a Belthrank luchando con un gronzsor, volando por los aires y envuelto en luces de colores. ¡Eso sí que es algo raro!

Los demás rieron, restando tensión a la conversación.

—Creo que te ayudaría a soportar el mareo, e incluso se te pasaría, si cuando te ocurra asumes que estás en peligro.

—¿Y por qué habría de ayudarme eso?

—Porque, si tú eres consciente del peligro, tu mente no tratará de avisarte, que es lo que hace cuando sientes el mareo.

—Es decir, según tu teoría, mi mente me avisa a mí de un peligro.

—Más o menos. Te avisa tu subconsciente.

—¿Y cómo es que tengo una parte elfa?

—Ya te he dicho que no tengo ni idea. Siempre he creído que solo ha existido un medio-elfo en la historia de Mirthad. Y este murió. Sin embargo, ahora estoy convencido, tras indagar en tu mente, de que tienes una parte elfa. Aunque sea muy lejana.

—¿Y por qué solo ha existido un medio-elfo?

—Eso ya es parte de nuestra historia, no de la tuya —apuntó Belthrank con seriedad.

Kharia lo miraba dando a entender que aquella respuesta no le era suficiente. Los demás sabían lo escrupuloso que se mostraba el joven en cuanto a desvelar cualquier dato sobre los elfos, pero ella no.

—De acuerdo —cedió—. Somos compatibles genéticamente; podemos reproducirnos. No obstante, eso es solo físicamente. A lo que me refero es a que la mente nacida de una unión entre un elfo y una humana, o viceversa, tiene una extraña forma. Aunque no tiene por qué ocurrir, mayoritariamente se dará una mente inteligente y con capacidad de manipular la Energía que, a su vez, mantendrá las ganas de poder y riqueza, la avaricia y demás atributos que tiene la raza humana y que nosotros no tenemos. Y estas dos características se amplifican en un medio-elfo. Por ello, aunque muchos humanos no tengan esa avaricia en su interior, un medio-elfo la tendrá con más facilidad. Y también poseerá mucho poder energético. Es una mezcla muy peligrosa.

Los cuatro humanos lo escuchaban con total atención, como siempre que revelaba detalles sobre su raza.

—Y, entonces, ¿os prohibís a vosotros mismos tener hijos con humanos? —preguntó Berkal.

—Exacto. Y no os voy a revelar nada más al respecto. Ya he contado suficiente.

—¿Por qué has contado suficiente? —quiso saber la boermeza. Ella no había participado como los demás en otras conversaciones que Belthrank había cortado llegados a un punto y no sabía que este no daba apenas datos sobre su raza.

Si bien todos le lanzaron una mirada de advertencia, para ella no era suficiente; quería comprender.

—Los elfos tenemos un amplio conocimiento, Kharia, y no estamos dispuestos a compartir con los humanos nuestra historia.

—Iré a avisar al oficial de guardia cuál es nuestro destino y le diré que tenemos prisa —intervino Grandolk, tratando de desviar el tema.

Se levantó y salió de la estancia.

—Cuando lleguemos a Minwin iremos directamente a ver al administrador de Kurwis para que nos ayude a encontrar a los mercaderes —le dijo Zira a la boermesa.

—De acuerdo. ¿Y qué le diré?, ¿que busco a los mercaderes?

—No, no seas burra. Hay que hacerlo sutilmente.

Kharia rio. Obviamente bromeaba.

—Ya, comprendo, ya sé cómo hacerlo.

—Kurwis te enseñó cómo actuar, ¿verdad?

—Entre otras cosas —admitió—. ¿Cómo se llamaban los mercaderes?

—Grun, de Kosborn; Emand, de Stolent; y Sester y Sertre de Boermath.

—Bien, me inventaré alguna excusa por la cual los busco. ¿Me acompañaréis?

—Aunque nos hagamos pasar por brarbandinos, somos una extraña escolta para la delegada de Kurwis. Lo normal sería que te escoltasen mercenarios boermeses.

—No necesariamente. Puede que sea extraño que me escoltéis todos, pero creo que no sería raro que hubiese contratado a uno o dos brarbandinos para que me escoltasen —sentenció reclinándose en la silla y observando a todos los presentes.

—Belthrank es el único de nosotros que es demasiado diferente a los brarbandinos, y sería extraño que hubieses contratado a una mujer como escolta.

—Tienes razón, que me acompañen Grandolk y Berkal, entonces.

—Creo que Grandolk será conocido por aquí: es capitán de un buque gindonés y a veces transporta mercancía. En cuanto a mí, ¡soy el príncipe heredero de Fingorn!

Su tono de voz había sido serio al inicio de su intervención y se había vuelto más jovial con la última exclamación.

—Por eso, nadie imaginará que vayas de escolta de una comerciante boermesa. Aunque les recuerdes a alguien, no pensarán tal disparate —justificó la espía.

—Yo puedo disfrazarme un poco más —sugirió el elfo—. Al igual que activo un hechizo para pasar por humano, puedo intentar parecer brarbandino.

—Si funciona, podríais ir Berkal y tú —propuso Zira—. ¿Puedes hacernos una demostración?

Belthrank se concentró y los demás pudieron ver cómo su tono de piel se oscurecía y sus rasgos cambiaban ligeramente. Incluso su pelo de color castaño-rojizo adquirió un tono más oscuro aún, convirtiéndose en moreno.

—No diría que eres brarbandino —apuntó el príncipe—, pero tampoco aseguraría que no lo eres. Sigues teniendo un aspecto extraño, pero solo el hecho de que tu pelo no tenga ese curioso color ya es todo un logro.

—¿Cuál es la diferencia entre un hechizo y la Energía? —preguntó la fingornesa.

—Hechizo le llamamos a aquellas acciones que realizamos más habitualmente. Con la Energía podemos llevar a cabo millones de acciones diferentes. Si necesitase ahora levantar una ola del mar para que impulsase el barco, podría hacerlo, pero no lo llamaría un hechizo. Lo mismo ocurre con muchas de las cosas que me habéis visto hacer. Sin embargo, encender una luz, un fuego, atacar con un rayo o con una bola de fuego, activar una alarma de aviso y acciones similares son hechizos para nosotros. Todo aquello que hacemos más de una o dos veces al año lo memorizamos. Es más rápido y requiere menos Energía un hechizo que otra acción, pues es algo que has hecho y te acuerdas cómo tienes que manipular la Energía para ello. No sé si me he explicado con claridad.

—La suficiente para algo que se nos hace tan extraño.

La tarde fue dando paso a la noche con mucha rapidez. En menos de media estación llegaría la noche más larga del año. El Surcador cambió levemente de dirección tomando rumbo sur. El viento viró hacia el oeste y los propulsó a gran velocidad, adentrándose en la oscuridad. Según lo que les dijo Grandolk, a la mañana siguiente avanzarían junto a la costa stolentesa.

Antes de cenar, los cinco se encontraban en la cubierta principal mientras Grandolk les relataba de manera sencilla el funcionamiento del barco. Si bien para Kharia y Berkal era un tema conocido, no era así para Belthrank y Zira, que en pocas ocasiones se habían subido a bordo de un navío. Aun así, nadie había recibido antes una explicación detallada sobre los buques gindoneses, de modo que todos se mostraron muy interesados.

Les contó el funcionamiento de a bordo en cuanto a navegación y batalla, aunque no se entretuvo mucho en la parte de cómo disponer las velas, dado que había muchas diferentes con nombres extraños y sus amigos no iban a aprender todo aquello con una explicación sencilla. Habló de la cadena de mando, el capitán de navío o de buque, los oficiales mayores y menores, sargentos y cabos. El propio Grandolk era capitán de buque del Ejército Naval de Gindon. Este era un puesto de más graduación que el de capitán de navío, puesto que, además de tener su barco, podía ser elegido para comandar una escuadra. Había estudiado muchos años hasta poder alcanzar los conocimientos que tenía.

La oscuridad llegó a cubierta poco después. Los marineros encendieron una serie de fanales que colgaban en puntos estratégicos para alumbrar tenuemente toda la embarcación. Las olas rompían con fuerza contra el casco del Surcador. Las velas, jarcias, vergas y palos emitían un constante crujido que acompañaba al sonido del mar.

Las luces de otro barco se hicieron visibles a apenas dos kilómetros. Con la bruma que flotaba sobre la superficie marítima no había una gran visión.

—Un barco —sonó preocupada la voz de Zira.

—Sí, es normal, estamos en una costa muy transitada —apuntó Grandolk—. No te preocupes, son muy pocos los barcos hostiles. Únicamente hay un reducido número de piratas a sueldo de Stolent a los que les gusta atacar barcos gindoneses, pero no suelen atacar a buques de guerra. Y ni siquiera son piratas; los piratas de verdad no obedecen a ningún país. En Gindon los llamamos karkos.

»Por suerte no ha habido ninguna guerra abierta entre Gindon, Stolent y Boermath, aunque constantemente hay batallas aisladas entre karkos y barcos gindoneses. Quieren acabar con nuestra supremacía en el mar. Sin embargo, Boermath no participa en estas batallas. Deja que sea Stolent quien pierda tantos barcos y hombres. Boermath se ha intentado concentrar en mandar barcos exploradores a encontrar algo más allá de la Tierra Conocida. En mi opinión es una pérdida de tiempo, pero Boermath parece haber explotado todas las tierras que merecen la pena en la Tierra Conocida y busca nuevos lugares donde establecerse. Es por eso que tenemos tan buena relación con Fingorn. No es tanto por las ideas políticas, sino por la enemistad común con Stolent y Boermath.

—Es curioso, Grandolk, no sabía que entendieras tanto de política —observó Berkal.

—Tú, como príncipe, eres un político nato, lo que no significa que yo no entienda de política.

—No quería decir tal cosa.

—He estudiado en Miyon durante diez años. Como miembro de la casa real me han enseñado de todo y por supuesto he de conocer la política del país y la exterior.

—O sea, que Gindon y Fingorn no tienen tan buena relación después de todo —dedujo Belthrank.

—Yo no he dicho tal cosa —se excusó el gigantón.

—En realidad ha descrito bastante bien la situación —intervino el fingornés—: tenemos muy buena relación principalmente por nuestros enemigos comunes. La política de Kronal, que hemos estado defendiendo en nuestra misión contra los mercaderes, no es del todo apoyada por ningún otro Estado, excepto tal vez Krahan. Aun así, Gindon y Fingorn han tenido una amistad latente desde hace unos cien o ciento cincuenta años, y Kronal y Grantul, el rey de Gindon, se hicieron buenos amigos cuando ambos eran príncipes. Desde entonces, comparten algunas ideas políticas y otras no, pero conservan la amistad. Cuando yo fui nombrado delegado de Estado hace cuatro años, justo después

de morir mi madre, Grantul en persona vino a darme la enhorabuena a la vez que el pésame a nuestra familia.

—Y Kronal te envió a que te hicieras amigo de los hijos de Grantul cuando todavía eras un muchacho, ¿no es así? —preguntó la espía.

—Sí, ambos quieren mantener esa amistad entre nuestras casas reales, no es ningún secreto que pasé en el palacio real de Miyon varios meses cuando era adolescente, así como los dos hijos mayores de Grantul vinieron a Maewas.

—¿Y por qué yo no te vi cuando estuviste en Miyon? —quiso saber Grandolk.

—A ti te mandaron a Miyon con catorce años y yo estuve con dieciséis. Dado que te saco algunos años, deduzco que tú aún estabas en tu ciudad natal.

El enorme hombretón asintió, callado, confirmando los datos que su amigo había expuesto.

Efectivamente, el barco que habían avistado pasó de largo sin prestarles la más mínima atención.

—Vayamos a cenar, aquí fuera el clima no es muy agradable —invitó el capitán.

A la mañana siguiente avanzaban a unos cinco kilómetros de la costa stolentesa. La proa del Surcador apuntaba directamente hacia el sur.

A Belthrank le encantaba conocer nuevos lugares. Sus ojos escrutaban sin descanso las características del nuevo país al que se acercaban. A pesar de que la vegetación no parecía ser muy diferente a la de la zona de Waran, allí habían llegado de noche y, en la situación en la que se encontraban —perseguidos, extenuados y alerta ante cualquier peligro—, no había podido fijarse mucho en lo que lo rodeaba.

Al igual que en la costa de Brarbandir, el bosque era escaso, el terreno más bien llano y las zonas no ocupadas con campos de cultivo estaban cubiertas de bajos arbustos típicos de las regiones

más cálidas de Mirthad. Solamente algún aislado peñasco se elevaba de vez en cuando junto al mar. Eso sí, en la lejanía se veían las cumbres de algunas montañas.

La mañana transcurrió sin incidentes y poco después de comer llegaron a Minwin.

—¡Puerto de destino a la vista! —oyeron que gritaba un vigía desde la cofa.

—¡Puerto de destino a la vista! —La noticia la pasaron los marineros de buque para avisar a toda la tripulación.

Grandolk se preparó para dirigir la maniobra de atraque. Los otros cuatro se situaron en un lugar desde el que podían ver bien la ciudad a la que se dirigían. Los apiñados edificios se fueron acercando a medida que el navío penetraba en el puerto, dejando a los lados algunos muelles repletos de embarcaciones variadas.

Si bien el Surcador pronto estuvo amarrado donde le correspondía, los trámites legales se demoraron al menos una hora.

—¿Lo hacen intencionadamente? —preguntó Kharia, enfadada.

—No especialmente, el papeleo burocrático para atracar es casi idéntico para todas las naves gindonesas —aclaró Grandolk mientras esperaban al delegado del puerto.

—A eso me refiero, a que hacen esperar más a los gindoneses. Cuando yo llegué en barco a Dor-Sumin, no tardaron ni diez minutos en dejarme desembarcar.

—Sí; si es a eso a lo que te referes, sí que lo hacen queriendo. Pero es lo normal al tratarse de un buque de guerra en lugar de uno mercante.

—¿Por qué?

—Porque quieren identificarlo bien para asegurarse de que está registrado. Si luego alguno de los marineros comete algún delito en tierra, pueden reclamarme a mí.

—¿Y por qué no pueden reclamar lo mismo a los marineros de barcos mercantes?

—Porque no pertenecen al Ejército y, por lo tanto, no responden de igual modo en la cadena de mando. Es igual, no te

preocupes por ese detalle, es pura política de mar sin ningún sentido.

—Entonces, Berkal y yo acompañaremos a Kharia a ver al administrador de Kurwis en Minwin —anunció Belthrank—. ¿Los demás vais a desembarcar?

—Sería raro que no lo hiciéramos —señaló el capitán—. Tendré que intentar encontrar alguna mercancía para transportar y así simular que estoy aquí por negocios.

—Por cierto, tenéis que volver a llamarme Irka, pues es mi nombre oficial como enviada de Kurwis.

—Está bien que lo digas —afirmó Berkal—, ya que no se nos puede escapar el nombre «Kharia» en un desliz que tengamos. Encontremos, entonces, a los mercaderes en Stolent.



Unos mil hombres del Ejército de Brarbandir habían partido de Durman hacía algún tiempo. Su misión había sido la de proteger a un rico comerciante cuyas caravanas habían sido sucesivamente atacadas por unos insurrectos. En el momento de partir no sabían cuál era su cometido; su comandante les había dicho que iban a Borin. A mitad de camino, sin embargo, los dirigieron contra los bandidos, que aparecieron súbitamente para intentar matar al comerciante. Una vez allí, les dieron instrucciones de acabar con tres hombres y una mujer que eran, según les contaron, criminales muy peligrosos.

Tras una exitosa batalla, hicieron retroceder a los rebeldes. No obstante, las cuatro presas más importantes se les escaparon. Cerca de ochocientos hombres iniciaron la persecución, dirección a Borin. Por el camino se fueron agotando las fuerzas de algunos y, los que quedaron, se dividieron al llegar a la ciudad fortificada del centro del país. Unos rumbo Waran, otros hacia Minwrin, otros camino de Sorin y unos cuantos a rastrear las inmediaciones de Borin para asegurarse de que aquellos a los que perseguían no se habían escondido por la zona.

Una de esas patrullas, de unos treinta hombres, se dirigía hacia el noroeste. Al segundo día de alejarse de la ciudad amuralla-

da, se encontraron con algo que los sorprendió notablemente: un grupo de cerca de doscientos campesinos avanzaba por el camino en sentido contrario al suyo. El sargento al cargo del destacamento se adelantó sobre su caballo.

—¿¡Qué hacéis aquí!?! —les preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—Vamos al trabajo —respondió uno sin mucha convicción. Ninguno hizo amago de detenerse. Al llegar a donde se encontraban los soldados, se dispusieron a flanquearlos.

El sargento reparó en que todos llevaban herramientas de mango largo típicas del trabajo en el campo, aunque lo que lo dejó pasmado fue el hecho de que muchos portaban espadas.

—¿Cómo que a trabajar? ¡Deteneos, es una orden! Exijo hablar con vuestro señor o con el encargado de este trabajo. ¿Por qué no os acompaña ningún guardia?

Para cuando se percató de que ningún señor de ningún pueblo enviaría a sus trabajadores al campo sin varios guardias como escolta, ya era demasiado tarde. Los campesinos habían rodeado por completo a la formación de soldados. Tras un grito de ataque, embistieron sin mediar palabra contra los militares.

La superioridad numérica era notable y, sumándole el hecho de que no esperaban esa acción, cayeron como moscas ante la ofensiva.

—¡¡Defendeos!! —gritó el sargento, desesperado—. ¡¡Acabad con ellos!!

—¡Son demasiados! —le dijo uno de sus hombres, mientras su superior era abatido con varios golpes de herramientas variadas hasta que una espada finalizó el trabajo.

—¡¡Retirada!! —vociferó otro soldado.

—¡Que no escape ni uno! —era el grito del otro bando que, en breves instantes, se convirtió en vencedor de la escaramuza.

—¡Con esta acción comenzaremos a demostrar al rey que no pueden utilizarnos como esclavos de los comerciantes y los señores! —fue el enfático discurso de un hombre de unos treinta años.

Dos enviados por Argun, cabecilla de los rebeldes, habían acudido a los pueblos que se encontraban entre Borin y Min-

wrin para cerciorarse de que cuatro fingorneses habían pasado por allí acabando con los señores y sus guardias. El ambiente en esas aldeas estaba muy ajetreado, dividido entre las opiniones de los cautos, que pregonaban el no hacerse notar y simular no haber actuado en contra de la ley, y la de los más revolucionarios, que creían que no iban a conseguir el perdón del rey y por ello, al descubrir que había compatriotas que se habían sublevado, querían unirse a ellos para tomar Brarbandir.

Estos segundos eran más numerosos. Los comerciantes que habían sido puestos al cargo de esos pueblos habían sido muy crueles; los habitantes eran tratados casi como esclavos. La ira acumulada, junto con la visión de la esperanza de poder trabajar sus propias tierras, había hecho que muchos se unieran a los insurrectos. Habían mandado cuatro emisarios a reunirse con los rebeldes.

—¡No puede ser! —exclamó Dolte, uno de los miembros del Grupo Comandante, dos días después.

—Eso es lo que aseguran —apuntó Argun—. Si dicen que cuando lleguen a Borin serán más de cuatrocientos, es porque es así.

—¿De dónde han salido?

—De los pueblos que hay hacia Minwrin, ya lo han dicho los emisarios.

El gran comedor de Belhri estaba ocupado solo por los seis integrantes del Grupo Comandante que habían quedado con vida tras la emboscada fallida al mercader.

—No me refería a eso. ¿Cómo es posible...? —Dolte se rascó su cabello blanco y liso.

—Sencillamente lo es. Y eso que no hemos informado a los campesinos y trabajadores de clase pobre de las ciudades. El número puede ser mucho mayor. Tenemos que conquistar Borin. Solo así podremos informar a aquellos que nos apoyarían en las demás ciudades y que así vean que realmente hay una posibi-

lidad. Es nuestro sueño, al menos es lo que predicábamos en nuestras charlas desde hace un año.

Todos sabían que eso era cierto, pero ahora, al ver la opción al alcance de la mano, los miedos emergían como la espuma de una cerveza mal servida y atacaban los puntos débiles de aquellos hombres y mujeres. Una cosa era asaltar caravanas comerciales emboscándolas y cogiendo desprevenidos a quienes las protegían, y otra muy diferente plantearse el conquistar una ciudad.

Borin, la urbe fortificada del centro de Brarbandir, pegada a las montañas de Brardugor. Tenía varias ventajas para los rebeldes: les sería fácil ocupar las calles, puesto que los guardias permitían la entrada a cualquiera. Una vez allí, el Castillo era el único enclave que deberían conquistar con las armas y, si se hacían con el control de la ciudad, podrían cerrar las puertas y tendrían una muralla protectora para defenderse de futuros ataques del ejército de Brarbandir.

—A pesar de todo eso —insistió otro tras haber deliberado durante varios minutos sobre las consecuencias y las ventajas—, conquistar el Castillo de Borin es un suicidio.

—No lo es —aseguró Argun—. Si contamos con esos cuatrocientos hombres más todos los rebeldes, seremos casi quinientos. En este momento, con el ejército dividido y las mayores guarniciones alojadas en Waran, Minwrin y Durman, no creo que el número de soldados en Borin sea superior al nuestro. Es más, habrá unos doscientos cincuenta, no más. El Ejército de Brarbandir guarda a casi todas sus tropas en Waran y Durman. Además, no estarán todos en el Castillo, sino repartidos por la ciudad. Podemos asaltar el Castillo de improviso, tomarlo y luego informar a la población para acabar con los demás soldados.

—Creo que se te olvida un detalle —apuntó otro hombre—: esos cuatrocientos hombres de los que hablas son campesinos, no guerreros.

—Ya lo sé, pero su rabia acumulada por la situación que han vivido les dará valor y fuerzas. Una vez tengamos Borin en nuestro poder, los instruiremos en la lucha.

Pese a que Argun hablaba desde la esperanza, era consciente de que la acción que proponía podía significar la aniquilación de todos ellos. Sin embargo, tenían que intentarlo y ese era el momento idóneo.

—Yo sí que veo factible el plan de Argun —colaboró otro, llamado Geltak. Era un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, fuerte, de ojos oscuros e inteligentes y mente despierta. Siempre había tenido muy buena relación con el cabecilla y había aprendido mucho de él. De hecho, lo consideraba como un maestro, a pesar de ser cinco años mayor que él—. Lo que me preocupa es lo que venga después. Y no solo hablo del Ejército de Brarbandir, pues soy consciente de que, si conseguimos poner de nuestra parte a toda la población explotada de nuestro país, seremos muchos más. Hablo de lo que hay más allá de las fronteras de Brarbandir. El rey, sobornado por los comerciantes extranjeros, ha establecido un sistema en el que nuestros compatriotas sufren de una manera exagerada, y eso es muy peligroso para él, ya que la rabia acumulada por la mayor parte de la población puede llegar, con tan solo una chispa que la encienda, a una revolución a gran escala.

»Hasta ahí todo bien, de acuerdo, pero ¿y después? ¿Crees que los comerciantes dejarán que nos establezcamos como un país en el que no pueden tener ellos más poder que el Gobierno y el pueblo? —preguntó directamente a Argun.

Este lo miró seriamente, inspiró profundamente y miró por la ventana del gran comedor. Los rayos del sol se filtraban tímidamente a través de los cristales, colaborando con el fogón en calentar la estancia.

—Es posible que no, aunque ahora mismo soy incapaz de pensar cómo van a contraatacar los comerciantes. Estarán apoyados principalmente por Boermath, Stolent y Kosborn, eso no es difícil de saber. Pueden infiltrar mercenarios para atacarnos, intentar acabar con nuestros dirigentes o incluso inventarse mil y un pretextos por los que decir que nuestra manera de funcionar es peligrosa para el resto de Mirthad y, por lo tanto, establecer una imagen en la mente de todos los mirthadianos en la

que los brarbandinos somos perversos, extremistas y criminales. Pueden reducir nuestra credibilidad, dejarla a ras de suelo, y después atacarnos alegando que protegen al resto de Mirthad. Pero eso es algo que vendrá después de que el pueblo conquiste Brarbandir. Conseguir eso ya es suficientemente difícil como para pensar ahora qué haremos una vez conseguido. Propongo que nos centremos en lo inmediato, luego siempre podremos pedir a Fingorn que nos ayude a planificar un gobierno adecuado para el país, y ellos no se creerán las mentiras que Boermath se invente sobre nosotros.

—Sabiedo que nuestro líder es consciente de todo lo que puede implicar una revolución, acepto de buena gana seguirte a ti y a todos los demás en esta lucha —declaró Geltak—. ¡Confíemos en nuestro pueblo para derrocar al rey!

Su posicionamiento, primero poniendo en duda a su jefe para luego terminar apoyándolo, resultaba efectivo para que otros también lo apoyaran. En realidad, sentía una fe casi ciega en su cabecilla. Pese a que el haber conocido su historia lo había repulsado en un primer momento, pronto había llegado a adorarlo. Según su punto de vista, el antiguo militar estaba dispuesto a darlo todo por los suyos y, además, había sabido transmitir sus conocimientos a ciertas personas cercanas, como el propio Geltak.

—De acuerdo, ¿cómo hemos quedado con los campesinos? —preguntó Dolte.

—Los emisarios que han enviado volverán para informarles de lo que hemos decidido.

—Tenemos que tener una reunión con todos los rebeldes —aseguró Argun—. Tenemos que elaborar un plan, contemplando hasta el último detalle, e instruir a todos en cómo llevarlo a cabo; hay que actuar con mucha precisión.

—En Borin —añadió Geltak— rápidamente habrá que contactar con todos los trabajadores de los comerciantes más importantes; con aquellos que no han podido dedicarse a la artesanía, al transporte y demás oficios porque todo tenía que ser controlado por los comerciantes. Ya que no hay apenas artesanos por cuenta

propia, pues estos tienen que trabajar para algún comerciante y los beneficios son casi insignificantes, si nos posicionamos como partidarios de que el comercio, la producción y las tierras estén repartidas entre aquellos que trabajan en ello, prácticamente la totalidad de la población se nos unirá.

—Prácticamente la totalidad de la población estará de nuestra parte, que no es lo mismo —puntualizó el cabecilla—. Eso no significa que estén dispuestos a morir luchando para conseguir ese sueño que casi todos anhelan. En fin, ya veremos cómo animar a la población, de momento centrémonos en cómo tomar el Castillo de Borin y acabar con los soldados.

Así pues, los miembros del Grupo Comandante debatieron sobre el plan para conquistar la ciudad amurallada. Dejaban en Argun la mayoría de las decisiones, pues él era el de mayor experiencia como estratega y militar. Algunos ayudaban aportando alguna idea y así, entre todos, diseñaron cómo sería la marcha hacia Borin.

Poco después salieron a la calle, donde la cellisca amenazaba con convertirse en una fuerte nevada de un momento a otro. Las cumbres por encima de Belhri se hallaban ya cubiertas por un manto blanco, pero eso no podían verlo los rebeldes, puesto que era imposible la visión de lo que se encontraba a más de cincuenta metros. El descenso de temperatura durante las últimas horas hacía honor al inicio del invierno y de un nuevo año, acontecimiento que ocurría a la vez en Mirthad transcurridas las cuatro estaciones y los ochenta y cuatro días por los que estaba compuesta cada una de estas. El invierno, época poco dura en el sur de la Tierra Conocida, se agudizaba, sin embargo, en las montañas de Brardugor. Aunque no llegaba a parecerse en absoluto a los Montes Pragnir, pues tanto su altura más elevada como su posición algo más al norte hacían de ese un lugar mucho más frío, era la zona menos cálida de Brarbandir.

El bosque de la ladera en la que se encontraba el enclave oculto de los rebeldes, constituido principalmente por encinas y robles, se mecía y bamboleaba al son del viento, impidiendo a los copos de nieve agarrarse a las ramas de los árboles.

Desde la emboscada fallida, en la que dos miembros del Grupo Comandante habían perdido la vida e Irka se había marchado, quedaban en Brardugor seis miembros del equipo que gobernaba allí. Cuatro de ellos —Argun, Geltak, Dolte e Iben— se dirigieron a la casa de Goltak, dado que los hombres que habían enviado los campesinos se hospedaban allí.

Avanzaron por los caminos de tierra embarrados hasta llegar a la modesta casa del hombre que había hecho posible que los rebeldes se refugiaran en Belhri. Mientras esperaban a que les abriesen la puerta, se resguardaron contra la pared y bajo el alero del tejado. El muro los protegió hasta que pudieron entrar.

Encontraron a los cuatro emisarios de los campesinos sentados junto al fuego.

—Hace frío en estas montañas —comentó uno de ellos.

—Sí —reconoció Dolte—, no es el mismo clima que el de Borin y mucho menos que el de Waran. Tenemos algo importante que deciros.

—¿Qué habéis decidido?

—Juntarnos con vosotros cerca de Borin para tomar la ciudad —respondió Argun.

—¡Bien!

Los recién llegados se aproximaron al fuego para secar sus ropas.

—Pero hay mucho que definir, no podemos simplemente lanzarnos contra la ciudad. ¿Tenéis un jefe?, ¿alguien que esté al frente de vuestro grupo?

—Es difícil de decir —reconoció uno—. Hay varios hombres, los de más edad, que alzan la voz para dirigirnos.

—Y ninguno está reconocido por todos como el jefe, ¿no es así? —inquirió el cabecilla, mirando alternativamente a los cuatro campesinos.

—Bueno...

—¿¡Cómo que no!? —intervino otro—. Todos siguen a Jorte, está claro.

—¿Y qué me dices de Kolta y Breco? Son los que empezaron con esto, los primeros que se atrevieron a desafiar realmente a su señor.

—Kolta y Breco son muy populares, pero son jóvenes, los ancianos tienen más sabiduría para guiarnos.

—Breco tiene casi cuarenta años y es muy inteligente, además de que tiene valor.

—¡Eso no es todo lo que hay que tener para ser nuestro líder!

—¡Ya es suficiente! —cortó Argun—. A eso es a lo que me refería con que quedan muchas cosas por hacer. Nosotros tenemos un entrenamiento y elegimos hace un año a un grupo para dirigir a los rebeldes y a un jefe de batalla. Vosotros tenéis que hacer lo mismo. Y tiene que ser antes de atacar Borin. No vale con que sea alguien que sepa alzar la voz y hablar a los demás, tiene que ser alguien a quien los demás reconozcan como persona hábil para tomar las decisiones a las que nos vamos a enfrentar y a la vez que sea humilde y escuche a los demás. Y tendremos que ponernos de acuerdo entre los campesinos y los rebeldes.

»Por eso necesitamos reunirnos en un lugar oculto y tiene que ser cuanto antes. El ejército está desparramado por todo el país y tienen Borin desprotegido, pero no pasará mucho tiempo antes de que se den cuenta de que habéis matado a varios soldados y vean que realmente representamos un peligro.

Los cuatro emisarios propusieron un lugar en el que podían encontrarse, unos kilómetros al norte de Borin.

—Bien, nosotros necesitamos un día para prepararnos. Dos de vosotros partid ya, los otros dos nos acompañarán mañana. Decid a los demás campesinos que al menos cien vayan infiltrándose en la ciudad. Pueden entrar con total naturalidad. Que se repartan para hospedarse en diferentes posadas.

—De acuerdo, se lo diremos a los demás.

—El plan, a grandes rasgos, será infiltrarse en Borin, pues no nos impedirán la entrada si vamos en pequeños grupos, y tomar el Castillo del conde. El resto está por definir. No dejaremos ningún cabo suelto. Cuando nos reunamos con todos los campesinos concretaremos más.

Los emisarios hicieron caso al cabecilla y dos partieron de inmediato, adentrándose en la tormenta invernal. Mientras tanto, Argun explicó la situación a Goltak.

—Creo que me quedaré en Belhri —dijo el hombre, rompiendo su habitual estado taciturno.

—Tú decides. Has hecho suficiente por nosotros y no nos debes nada.

—Debo algo a los demás brarbandinos, pero esta lucha escapa de mi comprensión. Mi lugar está aquí, en Belhri. Siento mucho no seguir apoyándoos, sé que es egoísta por mi parte...

—No, Goltak, tu sitio siempre ha sido este, estás en tu derecho a quedarte y disfrutar de tu tierra. ¿Puedes transmitir a los demás belhrineses la noticia de que vamos a una lucha definitiva?

—¿Definitiva?

—Me refiero a que no es como uno de los ataques a caravanas; es algo mucho más serio. Y puede que para nosotros sea definitivo.

—Confiemos en nosotros mismos y en el resto de Brarbandir —lo tranquilizó Goltak.

—Confiemos, sobre todo, en conseguir informar al resto de Brarbandir de la manera adecuada para que nos apoye —se dijo el rebelde a sí mismo en voz alta.

Les llevó todo el día organizar la marcha: revisaron el equipo, el armamento y los caballos e informaron a sus compañeros rebeldes de que se dispusieran a partir. Guardaron en sacos que pudiesen transportar sus monturas al menos la mitad de las armas de las que disponían, con la intención de entregárselas a los campesinos en cuanto se unieran a ellos.

Los preparativos para una campaña así hicieron que Argun recordara su juventud. Eran otros tiempos. En realidad, nada era muy diferente; él era diferente.

Brarbandir estaba sometida bajo el yugo del dinero y el poder al igual que en la actualidad. Él era un militar entusiasta y con

un profundo sentido del deber. Y para él el deber era luchar por su país. En aquel momento no se planteaba que luchaba solo por los intereses de los acaudalados comerciantes, el rey y los condes.

Una imagen vino claramente a su mente.

Tenía veintiséis años. Hacía dos que había sido nombrado capitán. Era un cargo importante en la ciudad de Durman, pues solo eran cuatro a las órdenes del comandante, a quien solo el conde superaba en rango. Era inteligente y, sobre todo, sus habilidades eran perfectas para ser militar: ágil, muy hábil con las armas y montando a caballo, tenía una visión amplia de la estrategia y su agudeza le permitía elaborar planes complejos.

Había sabido perfectamente cómo destacar en las pruebas en las que podían participar todos los sargentos y de las que solo saldría un ganador. Había estudiado sin descanso para superar los exámenes teóricos y había actuado justo como creía que el comandante quería que actuase un capitán a su mando. De ese modo, incluso siendo el más joven, lo había elegido a él.

Recordó cómo actuaba para, aun estando al mando, no abusar de él más de la cuenta y así no ganarse la enemistad de los soldados mayores. Y consiguió que su capitanía no se cuestionase ni una sola vez.

Su mente volvió al momento en el que, teniendo veintiséis años, había sido elegido para dirigir una misión. Si bien sus órdenes eran claras, tendría que tomar decisiones por sí mismo en un escenario real y peligroso.

Partió con un destacamento de cuatro sargentos y ciento ochenta soldados hacia el norte. Doscientos kilómetros los separaban de su destino: un pueblo llamado Teldam donde los habitantes se habían autoproclamado independientes de Brarbandir, pretendiendo crear una escisión que funcionase al margen del país y así no pagar impuestos. Y, además, el funcionario al cargo del pueblo —que administraba las tierras y los bienes— y sus ocho guardias habían sido cobardemente asesinados al negarse a

abandonar el lugar y tratar de reducir por la fuerza a los aldeanos. La zona era muy rica, en sentido agrario, y Brarbandir no podía permitirse su separación.

Su misión era someter a los cerca de cuatrocientos habitantes, castigar a los instigadores y dejar una guarnición de veinte soldados bajo el mando de un hombre que los acompañaba que ejercería de señor del pueblo.

Teldam se encontraba al otro lado del Barandir, en la única zona al norte del gran río que pertenecía a Brarbandir, entre los Bosques Hundidos y la ciénaga Min. Su enclave tan apartado había sido el principal impulsor de que sus habitantes se rebelasen.

El destacamento recorrió a caballo la distancia que lo separaba de su destino con rapidez. Al tercer día, muy temprano, cruzaban el vado del Barandir. Ya solo les quedaban quince kilómetros hasta Teldam.

Argun actuó con precaución. A pesar de que se creía en superioridad, debido a que llevaba auténticos soldados a su mando y sus adversarios eran campesinos, no se confió; allí vivían cuatrocientas personas y ese era un número mayor que el suyo. Sabía que los habían visto llegar y que sus oponentes conocían la zona y ellos no. Visto que cogerlos por sorpresa era casi imposible, desplegó a sus hombres en un campamento a un kilómetro de la villa.

En otra época podría haberlos hostigado quemando los cultivos, pero estaban en pleno verano y las cosechas descansaban ya en los graneros, bien protegidas. Incendiar esos graneros con flechas ardientes era otra posibilidad; no obstante, si conquistaba el pueblo y mantenía los alimentos para todo el invierno a salvo, llevándose una parte con él de vuelta a Durman, obtendría un alto reconocimiento por parte del comandante y del conde de su ciudad. Por lo tanto, tampoco quería quemar ninguna casa, pues en aquella época un incendio podría propagarse con facilidad. No, su intención era recuperar el pueblo intacto.

Al día siguiente, acompañado por dos sargentos, se propuso inspeccionar todos los accesos a Teldam y evaluar sus defensas. Partieron a pie, dejando orden de que acudieran en su ayuda si

los descubrían. Se escondieron entre la maleza y las ondulaciones de los campos. Con un catalejo, Argun comprobó las barreras que habían instalado en las entradas del pueblo.

—Barricadas con carros y entablados diversos —comentó a sus subalternos—, frenarían una embestida con caballería.

—¿Armas? —preguntó uno.

—Parece que mayoritariamente herramientas de campesinos, aunque veo alguna espada y unos cuantos arcos —informó mientras escudriñaba el terreno.

—Claro, al menos tendrán todos los arcos de caza —afirmó el otro.

—Sí, pero las flechas que se usan para cazar no son las mismas que para la guerra. Su punta es más ancha y menos adecuada para traspasar armaduras —observó el capitán.

Continuaron rodeando el pueblo a una distancia prudente y con sumo cuidado de no ser vistos. Argun evaluó todos los accesos y juzgó cuáles eran los mejores por los que acceder a la aldea. Decidió que el plan sería penetrar las defensas por dos entradas y, de ese modo, dividir a sus oponentes; los ataques les permitirían colarse hasta el corazón de la villa antes de que los lugareños se diesen cuenta de lo que ocurría.

Esperaron aún un día más. Al final de la noche, manteniendo las luces del campamento encendidas, hizo mover la posición de sus tropas. Justo antes del amanecer, emprendieron una carga.

—¡¡Alerta!! —gritaron algunas voces en Teldam.

—¡¡Atacan por el oeste!!

Argun consiguió que sus soldados atravesaran las barricadas acabando con quienes las defendían. Perdió a muchos hombres, al menos cuarenta, pero era la parte más complicada del plan. Las flechas volaron hacia ellos en cuanto los campesinos se percataron de lo que sucedía, así como piedras arrojadas con hondas. Todo ello, unido a que varias barreras frenaban la carrera de sus caballos, les hizo sufrir un duro golpe.

—¡¡Por la derecha, por la derecha!! —ordenó el capitán, dirigiendo a los soldados por un hueco que había visto.

Su espada volaba en su mano acabando con numerosos contrincantes. Vio venir una flecha y se protegió con su escudo. Sus reflejos respondían con maestría a lo requerido por la situación. Pronto acabaron con los defensores que allí había y, antes de que acudieran más a aquel lugar, se abrieron paso hasta el interior de una calle. Al menos una centena de teldameses corría hacia ellos. Argun ordenó la carga y la potencia de la caballería se hizo evidente. Decenas de cuerpos cubrieron el suelo veraniego de la villa.

Pese a que varios proyectiles les eran arrojados desde los portales y las ventanas de las casas, iban a velocidad suficiente y con buenas armaduras para que muchos resultaran inofensivos. Cuando hubieron acabado con el grueso de sus enemigos, el capitán desplegó a los noventa hombres que aún le quedaban sin herir para que arrestaran a todos y los condujeran a la plaza. Si alguien se resistía, podían acabar con él.

El caos fue absoluto. Mujeres, niños y ancianos, que no habían participado en la lucha, corrían intentando esconderse. Habían creído de verdad en la posibilidad de que su pueblo venciese y ahora la desesperación los atenazaba. Además, los soldados, con la adrenalina todavía en sus cuerpos y eufóricos por la victoria, ejecutaron a más de un inocente y las violaciones se sucedieron en varias viviendas. Gritos de auxilio recorrieron aquel rincón de Mirthad.

Argun advirtió el desorden que se había organizado: varios de sus hombres estaban en paradero desconocido. Hizo una breve inspección, alineó a sus tropas en la plaza escoltando a los prisioneros y, al percatarse de que realmente faltaba algún soldado que seguía con vida y no había acudido allí, ordenó un reconocimiento que comandó él en persona.

Sorprendió a varios de sus hombres en alguna casa forzando brutalmente a una o varias mujeres. Algunos habían matado o encerrado a los ancianos y niños que había allí, otros los habían atado y los obligaban a mirar.

En ese momento una intensa rabia se apoderó de él; un hombre que se encontraba en pleno acto encima de una joven que chillaba sin cesar sufrió las consecuencias. La espada del capitán

abrió un profundo tajo en la espalda del soldado. Este sufrió varias convulsiones mientras la mujer salía a rastras de la escena.

—¿¿¿Qué hacéis aquí!?!? ¡¡Responded!! —Sus hombres retrocedieron ante el impulso de su superior—. Os necesito a todos en la plaza, os he dado una orden clara y directa y la habéis desobedecido. ¡No puedo permitirme tal desertión en un momento tan importante! ¡Sargento!, detenga a estos hombres y llévelos con los demás prisioneros. Estos hombres y mujeres son ciudadanos de Brarbandir. Han desafiado al rey, sí, pero los someteremos y les enseñaremos cuán equivocados estaban. ¡Imponiendo la ley, no la brutalidad!

Ordenó un exhaustivo recuento de tropas y prisioneros. Habían estrechado un cerco alrededor de Teldam y registrado casa por casa. El oficial era consciente de que algunos habitantes se le escaparían o permanecerían bien ocultos. No importaba. Tras media hora, disponía de setenta y ocho soldados en pleno estado de forma y bajo sus órdenes, tres de los cuales sargentos; trece acusados de desertión y desobediencia, desarmados y atados como los demás teldameses; veintisiete heridos, la mitad muy graves; setenta y nueve muertos entre sus filas; y, de los habitantes del lugar, doscientos noventa y cuatro prisioneros y doscientos cuatro muertos.

—Buen recuento. Gracias, sargento —fue su aprobación al trabajo hecho por su subalterno.

Su rabia anterior y la posterior condena inmediata a uno de sus hombres no había sido precisamente por no acudir a la plaza, como había hecho ver. El que se cometiera tan brutal y despiadado acto contra una mujer le producía una desazón en el cuerpo completamente repulsiva. La bilis le ascendía hasta la garganta y sentía ganas de vomitar. Pero, lamentablemente, tales comportamientos entre los soldados no eran tomados como algo tan terrible. Por eso se había justificado en la desertión, algo que, por un motivo extraño y que él no conseguía comprender, era considerado como una falta mucho mayor que abusar de inocentes. Y el no cumplimiento de sus órdenes y la desertión en momentos de guerra podía poner en peligro al resto de la tropa, por lo que el castigo era la muerte.

Le costó todo el día reordenar a sus hombres, curar a los heridos, recaudar los impuestos impagados en forma de bienes y plantear una jura de bandera. Tras cargar doce carretas llenas de alimentos y algunos utensilios, preparó una especie de ritual en el que todos y cada uno de los teldameses debían dar su palabra de acatar las órdenes del rey y, en su nombre, del conde de Durman. Si faltaban a ese juramento, aceptaban ser castigados con la muerte por traición a Brarbandir.

La vuelta a Durman fue gloriosa. El comandante de la guarnición y el conde lo esperaban para recibirlo con todos los honores. Volvía victorioso, habiendo sometido Teldam sin devastar lo más mínimo el pueblo; solo lo necesario para conquistarlo, con lo que devolvía a Brarbandir un bien muypreciado casi intacto. Y eso con tan solo veintiséis años.

En su mente, sin embargo, no había lugar para el júbilo. Había cumplido sus órdenes de un modo más que efectivo y, aun así, su corazón sentía una profunda tristeza y la convicción de que su campaña no había sido para defender a Brarbandir, sino los intereses de los comerciantes que, en lo alto de la pirámide de la riqueza, eran quienes mayor beneficio sacaban de la miseria del pueblo. Los habitantes en Teldam vivían sometidos, trabajando de sol a sol sin apenas recibir algo a cambio. La mayoría de las tierras pertenecían a un solo hombre, que trabajaba para un comerciante boermés. Argun intuía que el propietario real sería ese comerciante. Por eso los campesinos se habían rebelado: preferían morir intentando defender sus tierras, su sudor y su dignidad que continuar pereciendo poco a poco, castigados por su señor o como consecuencia de las duras condiciones en las que trabajaban.

La incursión había sido el acto más cruento en el que había participado desde que se había alistado. Pensándolo bien, le venían a la cabeza otros momentos similares; sin embargo, en esos días en concreto, sin saber muy bien por qué, su mente había cambiado. Un cambio ligero, pero que fue acrecentándose con el paso del tiempo.

Argun aún aguantó otros tres años en el Ejército. Entonces, le ordenaron perseguir a unos fugitivos. Recibió explicaciones

precisas de quiénes eran esos fugitivos. En un pueblo situado a cincuenta kilómetros al sur de Durman, varios hombres habían abandonado su vida esclavizada trabajando para un señor, que a su vez trabajaría para algún rico comerciante, probablemente extranjero, y habían huido hacia no se sabía dónde.

Su misión era interrogar a los habitantes de aquella aldea y encontrar a los delincuentes. Por supuesto, el capitán supo de inmediato que esos hombres solo buscaban su libertad y que él no podría negársela. Esa misma noche desertó, sabedor de que, en realidad, su destino no era ser militar.

Se provisionó bien y partió hacia el sur. Sabía que lo podían perseguir; no obstante, su marcha iba a ser rápida y no pasaría cerca de ninguna gran ciudad. Si bien lo más sensato habría sido tratar de cruzar la cercana frontera de Faranbas, creía que se iba a sentir arrinconado en ese pequeño reino. Además, no podía cruzar el Barandir por el puente porque estaba vigilado.

Solo tardó seis días en abandonar Brarbandir y refugiarse en el vecino país de Mindowin. Allí viajó conociendo cómo era la vida en los territorios rurales. Atravesó el país de oeste a este y anduvo tres años vagando por Boermath. Así conoció de primera mano las características de cada región. Mindowin se le antojó similar a Brarbandir, aunque menos rural. Su país era mayoritariamente campesino, mientras que el recién conocido, pese a tener muchas tierras de cultivo, se había enfocado más a la industria y a la minería, dos sectores que, como más tarde comprendió, necesitaba Boermath para subsistir. Pese a que en Mindowin había mucha pobreza, un alto porcentaje de la población tenía un trabajo en el que no era esclavizado en condiciones tan duras como las que se padecían en Brarbandir. Aun así, el antiguo militar comprendió que el dinero que recibían los trabajadores en ese curioso país meridional eran las sobras de Boermath.

El gigante del este era, sin duda alguna, la modernidad absoluta para él. Se sumergió en grandes ciudades donde la gente tenía dedicaciones muy diferentes a las que conocía hasta el momento y aprendió de primera mano en qué consistía la vida

allí. Consiguió un trabajo con un sueldo relativamente alto y a punto estuvo de acomodarse con aquella vida. No obstante, su intención nunca había sido emigrar en busca de un futuro mejor. Simplemente necesitaba unos años para que lo olvidasen en su país natal y de paso poder conocer las características de los diferentes lugares de la Tierra Conocida.

Así pues, volvió a Mindowin, donde pasó unos años en las montañas apoyando la lucha que mantenían los mineros y campesinos contra los comerciantes que controlaban los negocios. No tenían el apoyo de su país ni de la gente de la ciudad, pero en las Montañas del Norte mucha de la población estaba hastiada de ser subyugada por los intereses económicos. Algunas veces conseguían una negociación de los salarios y condiciones, otras una dura represión militar. No poseían nada en la zona, ni siquiera el acceso al agua potable, y ese hecho los hacía sublevarse.

Pasó varios años allí hasta que en un momento confluyeron dos motivos que hicieron que quisiera volver a su país. Por un lado, lograron una negociación con las autoridades de Nerti —la pequeña ciudad de las montañas que gobernaba toda la región— con la que conseguían algunos de los derechos por los que habían estado luchando. Por otro, tenía ganas de volver a Brarbandir y ayudar allí a los campesinos a librarse de la esclavitud. No tardarían en volver a pisotear los derechos de los habitantes de las Montañas del Norte, pero él necesitaba volver a su tierra.

Mientras anduvo deambulando por los pueblos campesinos no creyó que su propósito de buscar a gente que prefiriese el exilio a la servidumbre llegase tan lejos. No solo había conseguido reunir un grupo de personas, sino que ahora, menos de un año después, se preparaban para llevar a cabo un acto mucho más osado y cuya recompensa podía ser mucho mayor.